

# 1

## ¿PARA QUÉ SIRVE UNA LENGUA?

Hay que ser muy duro para no sentir emoción ante un bebé que empieza a balbucir sus primeras palabras ante nosotros. Cualquiera que haya asistido a ese proceso, que llamamos aprender a hablar, pero que apenas tiene nada en común con ningún otro aprendizaje, reconoce que se trata de un prodigio, aunque no acierte a desentrañar su misterio. A nada que se reflexione sobre la complejidad de los mecanismos y principios que es necesario dominar, la cantidad de palabras a memorizar y la gama de sonidos a pronunciar, resulta portentoso que un niño de tres años sepa construir una frase completa. Que su pequeño cerebro, inútil aún para sencillas operaciones lógicas, haya sabido ordenar el marasma de frases que han ido cayendo en sus oídos hasta ser capaz de entenderlas primero, y crear las suyas después, es, sencillamente, portentoso.

La lengua pertenece a lo más íntimo de cada ser humano; la adquirimos de forma instintiva, sin que recordemos

cómo, y no cambiamos nunca sus rasgos principales. Es el vehículo del conocimiento y, al mismo tiempo, lo que nos pone en relación con otras personas. Con ella hacemos un viaje que transcurre desde lo más recóndito del alma humana, la trastienda donde cada día la mente forma cientos de frases con asombrosa creatividad, hasta llegar a la comunidad en la que vivimos.

A pesar de que durante siglos ha estado confundida entre las manifestaciones culturales de los humanos, la lengua no es como la escritura —un accesorio del lenguaje oral— ni como la educación o la cultura, parámetros adquiridos, modificables a lo largo de una vida y cambiantes en la historia de la humanidad. Existen tribus que no poseen escritura y cuyas manifestaciones culturales corresponden a la prehistoria; sin embargo, no existen comunidades sin lenguaje. Las lenguas de esas comunidades primitivas son, al contrario que el resto de sus actividades, exactamente igual de complejas que cualquier lengua europea. Se conocen momentos de la historia en los que una civilización ha transportado sus descubrimientos y los ha dado a conocer a otra, pero no hay ningún grupo humano al que otro haya tenido que enseñar a hablar.

En palabras de Wilhelm von Humboldt, lo que nos empuja a hablar es «la fuerza del instinto intelectual». Steven Pinker lo ha explicado con una imagen clarificadora: los humanos estamos dotados del lenguaje del mismo modo que las arañas poseen el instinto de tejer telarañas.

El lenguaje comparte rasgos con otras funciones biológicas, pero no es igual a ninguna de ellas. Hablar es como

respirar. Uno respira constantemente sin reparar en que lo hace, despreocupado, mientras se dedica a otras cosas. Uno respira sin darle importancia, mientras se devana el cerebro con sus preocupaciones cotidianas. Pero si le falta el aire, siente que se muere, y los demás problemas se vuelven de repente insignificantes. El habla es tan vital para la mente humana como la respiración lo es para el organismo. Sin embargo, y esta es una diferencia crucial, no hablamos de forma mecánica, sino mediante un proceso de creatividad único e individual.

El habla se parece también a los sentidos en la medida que a través de ellos nuestro cerebro recibe y procesa información del mundo que nos rodea, pero hoy sabemos que hay en los bebés capacidades lingüísticas innatas, previas a toda experiencia personal, comunitaria y nacional. Del mismo modo que la pérdida de uno de los cinco sentidos conlleva una tara —la ceguera, la sordera, etc.—, la pérdida del lenguaje limita el desarrollo de nuestra mente, nos convierte en minusválidos psicológicos y sociales.

Esa pérdida es una enfermedad que se conoce como afasia, debida generalmente a una lesión cerebral en el lóbulo frontal del hemisferio izquierdo del cerebro. Puede producirse por un fuerte golpe en la cabeza o por un infarto cerebral. Curiosamente, esa lesión suele dejar intacta la inteligencia y, sin embargo, la carencia de habla era considerada, hasta el siglo XIX, una forma de locura. A una paciente atendida en la clínica francesa de la Salpêtrière se le diagnosticó «pensamiento sordo y loco» cuando comenzaban a estudiarse los trastornos del lenguaje.

Hay distintos grados de afasia, desde los de aquellos enfermos que no entienden ni emiten palabras o frases, hasta los que pierden también la capacidad de escribir y leer. Pero la angustia producida por esa minusvalía súbita es similar en todos los enfermos. Jacques Lordat, un miembro del Colegio Médico de Montpellier que tuvo la fortuna de recuperarse, describía así su propia afasia en 1843: «No era capaz de recibir ideas de los demás, pues la amnesia que me dificultaba el hablar me hacía también incapaz de comprender los sonidos que escuchaba». A principios del siglo pasado, el médico Manuel Arredondo Rodríguez recogía el curioso caso de una mujer de Bezares de la Sierra (Burgos) cuya afasia parcial la había hecho perder la destreza de leer y escribir. Su habla se vio afectada, comenzó a sufrir logorrea y a emitir palabras confusas, sin sentido y mal formadas. Cuando se le entregaba un libro al revés, le daba la vuelta, pero se quedaba mirándolo fijamente y decía que no lo oía a pesar de mirarlo.

Lo común a todos los enfermos de afasia es una sensación de angustia similar a la falta de oxígeno, una asfixia semejante a la que experimenta el Gregor Samsa de Kafka al despertar convertido en insecto: «Si hubiese podido hablar con la hermana y darle las gracias por todo lo que tenía que hacer por él, hubiese soportado mejor sus servicios, pero de esta forma sufría con ellos». *La metamorfosis* nos pone sobre la pista de la estrecha relación que existe entre el lenguaje y nuestra condición de humanos.

Darwin definió la capacidad del lenguaje como una «tendencia instintiva a adquirir un arte», y aunque todavía

mucha gente cree que los niños aprenden a hablar por imitación de los adultos, el lingüista Noam Chomsky ha demostrado que se trata de una facultad, y ha elaborado la hipótesis de que exista un órgano del lenguaje del mismo modo que tenemos un sistema auditivo o motriz.

Todas las lenguas comparten lo que Chomsky ha llamado Gramática Universal, un plan común subyacente, pese a la apariencia de diversidad lingüística existente en el mundo. Por decirlo con una imagen sencilla, es como si en el cerebro de todos los bebés existiera un mismo molde de arcilla blanda, sobre el cual la lengua concreta de su comunidad imprime una huella. El resultado final aparente es diferente en los hablantes de un idioma u otro, pero todos tienen en común mucho más de lo que les distancia. De esto están convencidos los lingüistas, que van poco a poco montando, como si se tratara de un puzzle, esa pieza original de arcilla blanda todavía muy desconocida. Su composición completa revelará algún día hallazgos apasionantes sobre la identidad humana.

### LA PARADOJA DEL NÁUFRAGO

La lengua nos permite comunicarnos con otras personas y, pese a ser un proceso complejísimo, cuando lo logramos no lo vivimos como el alivio de haber superado una difícil prueba, sino con la misma naturalidad que cuando hacemos la digestión. El habla no es la única forma de expresarnos de los humanos, que poseemos también el don

de la música, la pintura, el arte... Pero da idea de la perfección del lenguaje humano el hecho de que, en el fondo, todos los lenguajes artísticos remedan sus atributos, pues todos son formas de explorar el mundo y de transmitir a los demás los resultados de nuestra exploración. Pese a toda la grandiosidad y magnificencia de la música o la pintura, las posibilidades de conocimiento y comunicación que permiten quedan reducidas a la categoría de un tartamudeo, a menos que uno sea Mozart o Picasso, si se comparan con el habla.

Los lenguajes artísticos son fruto de la civilización, y es presumible que, muchos miles de años antes de que existieran, los humanos ya hubieran experimentado la sensación de ser náufragos a la deriva en un mundo hostil, desconocido y a menudo incomprensible, obedeciendo solo al mandato de la supervivencia. En la lucha por la vida, la única compañía del ser humano es la de otros miembros de su especie; pero en el combate por llegar a conocer el mundo que le rodea, el individuo está básicamente solo. Esa es la dualidad a la que el lenguaje supo dar la respuesta idónea, y por eso nos permite reconocernos como humanos, forma parte de nuestra esencia: somos personas en la medida que hablamos.

Las palabras son como un cabo que cada individuo, desde la soledad de su naufragio interior, tiende al mundo exterior para comprenderlo y para ser rescatado por sus iguales, para incorporarse a las comunidades humanas. Pero también cada uno se lanza el cabo de las palabras a sí mismo, pues mediante el lenguaje establece un diálogo

interior, piensa, reflexiona, conoce. El pensamiento es independiente de la lengua, pero es inseparable de ella. La lengua es el vehículo que posibilita nuestra relación íntima con nosotros mismos y con el mundo.

Las dudas ya se habían expresado antes, pero desde que Wittgenstein sentenció que la palabra disfraza el pensamiento, la losa de la mala reputación ha caído sobre ella. Ese pesimismo sobre las posibilidades del lenguaje ha triunfado porque se adapta como un guante al espíritu derrotista y abatido del que está impregnado el individualismo posmoderno, a la convicción de que no nos es posible conocer nada, de que la razón solo genera en nosotros falsas expectativas y, a la larga, frustración.

En realidad, la incapacidad de expresar nuestros pensamientos es al lenguaje lo que la noche es al día. El día abarca la noche, y no existiría el día si no siguiera a la noche; pero, al tiempo, la noche es la negación del día. Del mismo modo, el lenguaje nos otorga la facultad de la comunicación, que contiene dentro de sí la incomunicación. Es responsable de que nos sintamos aislados e incapaces de expresar lo que queremos, un fracaso genuinamente humano; los perros nunca experimentan nada parecido. Solo porque el malentendido es posible, la comunicación eficaz cobra sentido e incluso un aire de prodigio. Solo porque la comunicación es posible se da la incomunicación.

Cuando el naufrago tiende su cabo de palabras hacia sí o hacia el exterior, lo hace a sabiendas de que es su única posibilidad de salvación, aunque no la tenga garantizada. Si la cuerda falla, la maldecirá y la odiará, la hará responsable

de haberle dejado en medio de la tempestad, porque carece de elección. Esa es la paradoja del náufrago: lo que le permite conocer y comunicarse es también lo que se lo impide; pero ha de admitir que no tiene nada mejor, que no hay alternativa a la comunicación humana mediante el lenguaje.

### PARA CONOCER EL MUNDO

Ya hemos encontrado cuatro *respuestas* a la pregunta inicial: ¿Para qué sirve una lengua? Nos permite reconocernos como seres humanos, hablar con otros, elaborar pensamientos y aprehender el mundo que nos rodea. Pero la cosa no acaba aquí. El lenguaje humano tiene la virtud de lograr que nos comuniquemos incluso con quienes no lo hablan. ¿No es estremecedor el largo monólogo que mantiene Lola con su marido en *Cinco horas con Mario*? «Que eres más terco que una mula manchega, hijo», le reprocha como si estuviera vivo.

No se trata de un mero recurso literario. En los cementerios es común ver gente hablando con los muertos, y en la vida cotidiana hay numerosos ejemplos de diálogos con seres carentes del lenguaje: los domadores del zoo hablan a los delfines; las personas, a los perros... Se puede argumentar que los perros y los delfines entienden las palabras cuando están adiestrados. En efecto, comprenden órdenes cortas, sencillas y reiteradas, pero no, desde luego, las parrafadas que todo buen amo que se precie le echa de cuando en cuando a su mascota. Los amantes del ajedrez que jue-



gan en su casa con una máquina también le dirigen la palabra, aunque no ignoran que se trata de un simple montón de circuitos. Más aún: ¿no dice mucha gente hablarle a las plantas, porque es muy saludable para ellas? Lo que es seguro es que resulta beneficioso para el que habla, y no se trata de una generalidad de carácter psicológico. Los efectos terapéuticos del lenguaje comienzan a ser mensurables por los científicos, y cardiólogos tan respetables como Valentín Fuster aconsejan a sus pacientes infartados hablar para reducir la presión arterial y reforzar el sistema inmunológico. El psiquiatra Rojas Marcos ha asegurado: «Se ha comprobado científicamente que contar las cosas mejora la condición de los enfermos crónicos, como los asmáticos». También la Lola de *Cinco horas con Mario* consigue el desahogo de relatar lo que no le dijo al marido en vida, el alivio de haberle transmitido un mensaje que quizá le sirva en la otra vida. Pero, sin duda, el consuelo mayor es para ella.

El lenguaje es la forma más intuitiva y más inmediata que tenemos los humanos de conocer el mundo y de comunicarnos. Funciona por encima de la razón y de la lógica, que nos dicen que ni el perro ni la planta ni el muerto ni la máquina de ajedrez entienden nuestro soliloquio. Y tiene un valor plástico a pesar de su invisibilidad: frente a las dudas que nos asaltan sobre si el otro nos habrá entendido cuando le guiñamos un ojo o le hacemos un gesto, al decirselo con palabras nuestro mensaje cobra cuerpo, se oye, a veces casi se ve, dependiendo de la intensidad de la narración, y se toca. Produce una reacción en el cerebro del que habla y en el de su interlocutor e, incluso, en sus actos.

La lengua también nos acerca a quienes no están presentes, rasgo que comparte con lenguajes artísticos como la música. A través de procedimientos artificiales como la lectura y la escritura podemos tender o recibir el cabo de las palabras de manos de gente que vivió hace siglos; podemos, por ejemplo, hablar con Aristóteles. Leer no es otra cosa que mantener un diálogo, desde el momento en que el texto provoca en nosotros una reacción, bien sea de asentimiento, bien de rechazo, o incluso de inspiración. ¿Cuántos filósofos no han elaborado sus teorías a partir del pensamiento de Aristóteles?

Comunicarse, conocer, pensar, relacionarnos, transmitir sentimientos... todo eso se puede hacer con una lengua. Todo eso viene haciendo el ser humano desde hace decenas o cientos de miles de años, como Humboldt dijo con belleza: «Creo haber descubierto el arte de emplear el lenguaje como vehículo para recorrer la altura, profundidad y multiplicidad del mundo entero».